

James Fentress y Chris Wickham, *Memoria social*, Madrid, Cátedra, 2003, 264 pp.

LINDA MAEDING

Universidad de Mainz, Alemania

La memoria tanto en su vertiente individual como colectiva es un tema recurrente en el campo de las ciencias humanas hoy en día. Desde los años 90, es sin duda una de las nociones más de moda en el ámbito de las humanidades, tanto en Europa como cada vez más en América. Mientras que la psicología ha dado resultados llamativos en el estudio de la memoria autobiográfica, la historia y la sociología —siguiendo la línea de investigación abierta por Maurice Halbwachs antes de la Segunda Guerra Mundial— se han adentrado más en las dimensiones colectivas de la memoria, presentes en su plasmación como *memoria cultural* (Jan Assmann). Recientemente la filosofía se ha sumado a esta tendencia, con intentos de conceptualizar la noción de memoria y aplicarle una mirada específicamente epistemológica (Paul Ricœur).

Sin embargo, la misma naturaleza de la memoria —metaforizada en la imagen del *black box*— aún no ha sido esclarecida en absoluto. De ahí quizás su fascinación no solamente para los estudiosos, sino también para la literatura, desde Proust a Sebald.

El libro *Memoria social*, escrito por un antropólogo y un historiador ingleses, integra las perspectivas de diferentes campos de estudio y se constituye así como un aporte interdisciplinario sobre el carácter de la memoria social. Aunque más comúnmente conocida como memoria colectiva, se diferencia de ésta en su integración del aspecto individual, considerando el entrelazamiento de lo personal y lo colectivo en toda memoria.¹ Arranca con un capítulo sobre la naturaleza epistemológica del recordar a lo largo de la historia (sin duda la parte más conseguida y fructífera del libro), sigue con la descripción de la transmisión de tradiciones o saberes mediante la memoria oral y narrativa, para luego analizar la estratificación de la memoria según clase y grupo social. Los últimos capítulos están dedicados a ejemplos específicos de memoria social, centrándose en su modo de funcionar en la Edad Media y en la mafia siciliana. Las cuestiones que dan fuerza y cuerpo al libro son las que se analizan en la parte teórica: ¿Cómo se sitúa la memoria entre el conocimiento

objetivo y la experiencia sensorial? ¿Cómo distinguirla epistemológicamente de meras imaginaciones, igualmente grabadas en nuestras mentes?

Fentress y Wickham toman como punto de partida una crítica muy sagaz, pero pocas veces formulada con esta claridad: a pesar de ya ser una herramienta de investigación aceptada por historiadores y científicos sociales, curiosamente éstos no tematizan a la memoria como tal con mayor profundidad. Podríamos decir que no se le toma en cuenta seriamente a no ser que como *medio de*. La crítica se refiere así a la objetivización de la memoria o a lo que los autores denominan el “modelo textual de la memoria”. Ejemplo de este diagnóstico lo encontramos en la *Oral History*, disciplina que pone la mirada en la vida cotidiana, formulando así una especie de “historia desde abajo”, cuya fuente son justamente los testimonios del pueblo, documentados en forma de entrevistas. Según Fentress y Wickham, los propios representantes de la Historia oral no confían lo suficientemente en la memoria como fuente para no convertirla en texto y así referirle una autoridad ampliamente reconocida: la de los documentos históricos tradicionales.² Borran de esta forma la diferencia —siempre existente— entre un archivo constituido por documentos escritos y la memoria de un ser vivo.

En la historia de las mentalidades, la memoria siempre ha oscilado entre dos polos: el conocimiento y la sensación. Si tomáramos en serio la memoria como fuente de saber, atendería contra una concepción dominante en la modernidad, según la cual los conocimientos no forman una parte esencial de nuestro ser, sino que es algo separado de nosotros. Como exponen los autores, los conocimientos objetivos nos pertenecen solamente de forma contingente, mientras los recuerdos personales sí son realmente nuestros. La memoria archiva el conocimiento “objetivo” y también la sensación “subjetiva”, pero mientras la segunda constituye una parte integral de mí y por lo tanto no es posible localizarla en otro lugar, el primero sí podría estar guardado en cualquier otro sitio fuera de la propia mente.

Aunque la memoria en sí es efectivamente subjetiva, se convierte en un hecho social gracias a su estructuración lingüística y otras instancias mediadoras. Es éste el argumento central del libro, a partir del cual se explica también su intención de carácter antropológico: estudiar la memoria en tanto que ésta revela “cómo somos” (p. 26) —mediante el modo en que recordamos, cómo nos representamos en nuestros recuerdos, cómo los estructuramos y transmitimos de generación en generación. Derivando de este presupuesto de la memoria como hecho social, los autores con todo derecho reclaman tam-

bién una *historia* de la memoria: al igual que cambian los marcos sociales en los que se ejerce la memoria, cambia también el modo de entenderla. En Occidente, la historia de la memoria equivale a su “devaluación constante” (26) como fuente de conocimiento, la memoria se ha ido retirando al ámbito privado e íntimo.

Fue el mérito de la estudiosa Frances Yates el haber rescatado el “Arte de la Memoria” en su libro del mismo título, que rastrea la olvidada importancia de la mnemotécnica en el marco de la retórica del mundo antiguo. Fentress y Wickham resumen cómo la instalación de la escritura en la sociedad ha significado una cesura en la historia de la memoria: el texto ya no la apoya, sino que la sustituye. Los autores una vez más enfatizan cómo a partir de este punto el conocimiento se separaba del individuo. En este contexto se puede entender también la idea predominante de la memoria como un depositario del conocimiento de carácter pasivo, estableciendo una clara analogía con la escritura.³

Los autores rechazan el extendido modelo de la memoria como un “mecanismo de copia y almacenamiento” (35), su interés en cambio es preguntarse qué constituye la *experiencia* de la memoria. Muestran cómo históricamente se hizo cada vez más evidente su dependencia del lenguaje, palpable en el dualismo establecido entre la memoria textual (y por tanto “objetiva”) y la memoria sensorial (“subjetiva”). De esta división se ocupan los autores mediante la descripción de la memoria de las *palabras* y la memoria de las *cosas*, anterior a la primera. Aunque solemos pasar de una a otra sin ni siquiera darnos cuenta, solamente la segunda está presente en todas las sociedades: sería una especie de “cartografía” que porta información —tanto la social (por ejemplo en los tatuajes de tribus que de esta forma graban las genealogías y jerarquías de un *clan*) como la del entorno natural (por ejemplo en la memorización de las figuras del zodiaco). Es importante señalar que este “mapa mnemónico” no requiere necesariamente de una mediación lingüística: es en un principio una imagen visual que, según los autores, es más completa —aunque también más difícil de comunicar— que su correspondiente semántico. Dependiendo de las sociedades que los crean, estas topografías mentales se pueden concebir o como imágenes o como textos. Mientras que para nosotros constituyen una “extensión” de la memoria de las palabras, para las llamadas sociedades “primitivas” encarnan la cosa que representan: el mensaje transmitido nunca es aislable, ya que no está preconcebido ningún espacio de mediación (“la pro-

mesa no se distingue del acto de prometer”) (39). Dos tendencias contrarias se cruzan aquí: mientras las sociedades con escritura tienden a “semantizar las cosas en significados” (desde el estructuralismo es bien conocido el fenómeno de ver textos en todas partes), las sociedades ágrafas más bien transforman las palabras en cosas. Esta observación lleva a los autores a concluir que dicha frontera entre los dos conceptos es artificial o cultural, y no corresponde necesariamente a la experiencia subjetiva de la memoria.

De la misma manera, los autores ponen en duda la universalidad de la división hecha por la psicología cognitiva (en particular Endel Tulving) entre la memoria semántica y la memoria episódica, siendo sus respectivos medios el “símbolo lógico” y la experiencia. Experimentos, tal como son citados en el presente volumen (en primer lugar el de Frederick Barlett), prueban que la mente utiliza tanto patrones semánticos como visuales para memorizar una secuencia: los dos se complementan. Pero para investigar cómo nuestra memoria guarda información de cualquier tipo, hay que considerar también cómo poder distinguir entre recuerdos “verdaderos” y una simple fantasía. Como nos explican Fentress y Wickham en su recorrido por la historia de la memoria, los filósofos empiristas han tratado de encontrar solución a esta problemática. Desde nuestro saber actual, es fácil constatar su fracaso. Hobbes, Hume y hasta Russell han postulado la existencia de una facultad mental que, a partir de nuestra experiencia, detecta una cualidad específica de los recuerdos “verdaderos” y los separa así de la ficción —una tesis prácticamente imposible de mantener hoy en día, cuando se habla del carácter constructor de toda memoria. “Desde el punto de vista de la experiencia de recordar, no hay nada que distinga el recuerdo de hechos ciertos del recuerdo de disparates” (25).⁴

La dificultad de diferenciar entre lo verdaderamente vivido y lo falsamente recordado es una experiencia que muchos hacemos en la vida cotidiana. De hecho no podemos distinguir siempre entre recuerdos propios y recuerdos ajenos (que por ejemplo nos han sido contados por los padres). ¿De dónde viene entonces nuestra confianza en los recuerdos? Según los autores, de nuestro experimentar el presente como conectado con el pasado: validamos la memoria justamente mediante nuestra experiencia presente. Una conclusión importante que sacan del constatado fracaso de las explicaciones filosóficas y psicológicas con pretensión universal, es la *naturaleza funcional* de nuestra experiencia del recordar. Ésta es diferente dependiendo de si se trata de información semántica, recuerdos de la infancia, o el intento de recordar cómo practi-

car un cierto baile. Las diferencias funcionales así descritas son a la vez diferencias sociales; por lo tanto, hay solamente categorías relativas para describir los mecanismos de la memoria. Esto no implica sin embargo una desvalorización, se reivindica más bien la memoria como “fuente de conocimiento” (46), no solamente como expresión de la experiencia colectiva.

La actividad tan compleja comprimida en el término “memoria” se expresa en un conjunto de categorías aplicables a los correspondientes actos mentales: el reconocimiento, el recuerdo mismo (como acto puramente interno) y su articulación. A pesar de su posible distinción neurológica no se traducen en diferentes experiencias mentales. Por eso, las fronteras muchas veces se deslizan en el estudio meticuloso de la memoria. Habría que problematizar entonces la afirmación por parte de los autores de la posibilidad de recordar pura información semántica. ¿Hasta dónde es posible realmente hablar de una memoria completamente descontextualizada? ¿Cuál es el alcance de la memoria de “significantes sin significados”? Una pregunta, que el libro no trata de responder, ya que considera a la memoria semántica excepción antes que norma. Se centra más bien en la memoria sensorial, estrechamente ligada a la experiencia personal. Se trata de una memoria que nos confiere coherencia y que tiene como primera tarea fomentar nuestro sentido del Yo.

El libro traspasa en realidad los límites de un análisis sobre la memoria colectiva. Mediante su resumen sintetizado de las diversas concepciones que a lo largo del tiempo se han hecho de ella en varias disciplinas académicas, como también gracias a la descripción concreta de su funcionamiento en momentos históricos determinados, promueve un mayor entendimiento de la memoria como tal. Uno de sus mayores logros es poner en cuestión e incluso desafiar abiertamente conceptos muy divulgados sobre la naturaleza de los recuerdos. En primer lugar, nos muestra lo inadecuado del modelo tradicional del *storage and retrieval* —un concepto que no considera la evidencia de que la imagen del ocaso percibido por la mente nunca será idéntico al ocaso real. De ahí se deriva uno de los mensajes centrales del libro: la memoria social no es simplemente el subtipo de una entidad más global. Sin ignorar el hecho de que los recuerdos varían en su grado de ser íntimamente (o no) ligados a la persona, es la experiencia *social* la que forma la topografía de nuestra memoria. Esto se ve claramente en el espacio que dedican los autores a la transmisión de recuerdos intergeneracionales, que —como prueban estudios— se alteran con el tiempo (tal como vaya cambiando también el entorno social) sin que haya

una consciencia de tal cambio, ya que no nos solemos acordar de lo que forma parte de nuestro hábito.

Existe una firme base para pensar que las estrategias para recordar, tanto conscientes como inconscientes, están en buena medida condicionadas por nuestra cultura. Por eso las distinciones establecidas y altamente aceptadas entre lo semántico y lo sensorial (para solamente nombrar uno de los muchos binomios existentes) no son oposiciones naturales, como reiteradamente se argumenta en el libro, sino que corresponden a desarrollos graduales en el seno de la sociedad. Este carácter profundamente social de la memoria, no solamente en su dimensión colectiva, sino también en su incidencia sobre el individuo, lleva consigo una implicación fundamental: la memoria siempre supone un alto grado de interpretación. Para que los recuerdos sobrevivan y no caigan en el olvido, la memoria tiene que responder a una demanda que la remodela constantemente. El mérito del libro de Fentress y Wickham consiste en esclarecer y enfatizar el proceso de “reestructuración activa” presente en cada acto de recordar. Finalmente, nos mantiene curiosos por esta pregunta, que no deja de concernirnos desde el nacimiento de la mnemotécnica en el mundo antiguo: ¿Cómo recordamos y por qué?

Notas

1. Por parte de los autores del libro, la adopción del término menos usado “memoria social” es una forma de distanciarse de los teóricos de la memoria colectiva, que —como el mismo Halbwachs— han sido muy criticados por sobrevalorar el aspecto colectivo hasta suprimir por completo la consideración de recuerdos individuales no determinados por éste.

2. Este efecto se consigue presentando a las memorias de personas como “registros” y “documentos hablados” (20).

3. En cambio, sí existe un consenso en los estudios respectivos de concebir el recordar como una experiencia mental en cierto grado consciente y, en este sentido, activa.

4. Afirmación que nos hace pensar en el false-memory-debate, surgido en Estados Unidos a partir de testimonios falsos hechos en juicio. El debate se refiere a los testigos que apoyándose en su memoria estaban convencidos de la veracidad de su relato, que sin embargo resultó ser falso.